

## CAPÍTULO XIX

**Últimos años de la vida de Jorge Stephenson.  
— Enfermedad y muerte.**

Al describir la ejecución de la serie de obras importantes descritas en el capítulo precedente, hemos indicado necesariamente las causas que abreviaron la existencia de Jorge Stephenson. Como no era posible que dejara de sentir un vivo interés por el éxito de las empresas en que estaba comprometido su hijo, visitó con frecuencia Conway y Menai durante el curso de los trabajos. Se hallaba presente en la ocasión de echar á flote y elevar el primer tubo de Conway, y pudo cerciorarse de la rectitud de juicio de su hijo respecto á la eficacia y solidez de la estructura, cosa de que al principio había dudado ; pero antes de que pudiera decirse otro tanto del puente Britannia, sus angustias mortales cesaron, habiendo ya concluido todo trabajo para él.

Hacia el fin de sus días, Jorge Stephenson abandonó casi por completo los trabajos relacionados con su profesión, dedicándose principalmente á las cuestiones de caleras y minas, no interesándose en asuntos ferroviarios que no estuvieran relacionados con la explotación de esos productos.

En su casa hacía la vida de un propietario rural, disfrutando de sus campos y jardines, cosa tan en armonía con su amor á la naturaleza, del que nunca se desprendió á pesar de su agitada existencia.

Puede decirse que sus inclinaciones por la horticultura no se revelaran hasta el año 1845. Entonces empezó á construir invernaderos, procurando exceder á todos sus vecinos en la producción de plantas exóticas, como treinta años antes lo había hecho con los campesinos de Killingworth respecto á la verdura. Tenía un invernadero de 68 pies de largo y otro de 140 ; llegando á construir hasta 10 de los mismos, dándole al cultivo bajo cristales, una extensión considerable.

Las flores no le preocupaban tanto como la fruta ; y en una de las Asambleas agrícolas del condado, dijo que se proponía criar piñas en Tapton, tan buenas como las que venían de América. Su anhelo constante era aventajar a su amigo Paxton, horticultor del duque de Devonshire ; pero llevaba éste tantos años dedicado a la profesión y era tan hábil en ella, que consideraba casi imposible el ver realizado su propósito. Sin embargo, sus piñas « Reina » obtuvieron el primer premio en competencia con las del duque. Esto ocurrió poco después de su muerte, cuando las plantas habían fructificado. Sus uvas fueron también premiadas en Rotherham en una exposición abierta para todos los horticultores de Inglaterra. En la producción de melones también obtuvo resultados notables, habiendo inventado un medio de suspenderlos en redes de alambre, las cuales al evitar la tensión del tallo, permitían que la nutrición fuera



más eficaz mejorando el tamaño y la calidad de la fruta.

También dedicó á los pepinos particular predilección, obteniéndolos hermosos y de grandes dimensiones, aunque sin poder conseguir hacerlos rectos á pesar de aplicar con tal fin el calor y la luz. Pero insistiendo en tal idea, hizo construir un número determinado de cilindros de cristal en Newcastle, en los que los encerró, obteniendo al fin, el resultado apetecido. Un día, llevando uno de éstos á su casa y mostrárselo á las personas que habían ido á visitarlo, les dijo, después de explicarles el modo de que se había valido para conseguir su objeto : « me parece que esta vez los he amolado ».

Se distinguió también como labrador por varios conceptos, haciendo curiosos experimentos, lo mismo en la cuestión de abonos que en la de alimentar el ganado, tomándose un particular interés en la cría y mejoramiento de este último. « Me gusta ver — decía en una ocasión á una persona que le acompañaba, — que el lomo de la vaca tenga esta forma (trazando con la mano una línea imaginaria) porque de ese modo las costillas ó curvas podrán soportar más carne que si tuvieran otra forma. Cuando asistía á las sesiones de la junta de agricultura del Condado, solía tomar parte en las discusiones, llevando á todas ellas su genio práctico, que lo hacía notable en este terreno, como antes lo hizo en otro muy distinto.

Se acentuó su primitivo interés por los pájaros y los animales en general. Tenía perros, vacas y caballos favoritos, y se dedicó de nuevo a la cría

de conejos, vanagloriándose de haber producido castas verdaderamente notables. No había un nido de pájaros en sus terrenos que no conociera ; diariamente daba una vuelta con objeto de ver los adelantos que las avecillas habían hecho en la construcción de su morada, procurando poner ésta al abrigo de cualquier contratiempo ó daño. Sus profundos conocimientos de los hábitos de las aves del país, era el resultado de una larga, benévola y detenida observación de la naturaleza.

En Tapton recordó el fracaso de sus primeros ensayos hechos con la incubadora. Ultimamente había conseguido en ese terreno resultados notables, valiéndose, de un aparato especial, llamado á evitar los bruscos cambios operados por la variación de la temperatura. Además se dedicaba con gran atención a la cría de las aves de corral.

Cuando su amigo Eduardo Pease, de Darlington, le hizo una visita á Tapton, le explicó un método que había adoptado para cebar las gallináceas en la mitad del tiempo que comúnmente se empleaba en dicha operación. Los pollos se colocaban en cajas dispuestas de tal modo que no penetrara en ellas la luz. Dividía el día en dos ó tres períodos, se encerraban en ella las aves después de haberlas alimentado abundantemente, á fin de que durmieran. Este plan dió buenos resultados, y Stephenson decía sonriendo, que si se dedicara á este negocio, pronto lograría hacer fortuna.

La esposa de Stephenson intentó establecer colmenas, sin obtener el menor resultado satisfactorio ; todas sucumbían sin que ni una sola se escapara de la suerte que había cabido á las demás. El mo-



tivo del fracaso permaneció largo tiempo sumido en el misterio ; pero al fin llegó un día en que el poderoso espíritu de observación permitió aclararlo. Al pie de la loma sobre la cual estaba construída la casa de Tapton, vió algunas abejas que trataban de levantar el vuelo, cargadas de miel y de cera. Parecían fatigadas, como si hubiesen hecho una marcha penosa. Pensó entonces que la elevación á que se hallaba la casa con relación á los terrenos donde libaban los insectos, les hacía difícil la vuelta á la colmena cuando venían muy cargados, lo que hacía que muchas abejas sucumbieran antes de alcanzar el término de la jornada. Después, hablando incidentalmente de esto con el naturalista Joesse, le refirió el caso, conviniendo éste en lo correcto de sus afirmaciones, que denotaban una admirable observación de la naturaleza.

Como es de comprender Jorge Stephenson no tenía ninguna de las costumbres de los estudiantes; leía poco, porque esto es un hábito que generalmente se adquiere en la juventud y él había pasado el primer tercio de su vida dedicado á rudos trabajos. Los libros le cansaban y le predisponían al sueño ; las novelas le excitaban demasiado, por lo que procuraba evitarlas, no leyendo más que obras filosóficas, o referentes á cuestiones por las que sintiera un interés particular y esto, en contadas ocasiones. Escribió muy pocas cartas de su puño y letra, acostumbrando, por lo general, á dictarlas ; pero así y todo procuraba hacerlo lo menos posible. La palabra hablada era lo que más le complacía y de ella obtuvo la mayor parte de sus profundos conocimientos. Cuando tenía que viajar en ferro-

carril, acostumbraba á recorrer el tren antes de entrar en un carruaje, con objeo de ver si encontraba alguna persona cuyo aspecto le hiciera suponer era á propósito para entablar con ella una conversación. En una de estas ocasiones, descubrió en un coche, en la estación de Euston, un hombre de semblante agradable, expresivo é inteligente, que después resultó ser el difunto lord Denman, quien se dirigía á sus posesiones de Stony Middleton en el condado de Derby. Stephenson entró en el coche y pronto entablaron animada conversación. Como se tratara de cronometría y relojería en general, el ingeniero dejó asombrado á su señoría por lo extenso de sus conocimientos en la materia, de la que parecía tan minuciosamente informado, como si fuera relojero y viviera de esa industria.

Extrañándose el referido lord de que un hombre que por lo general había estado ocupado en asuntos de ingeniería, hubiera podido adquirir tantos conocimientos de lo que al parecer apenas debiera interesarle, no pudo por menos de interrogarlo sobre el particular. « Adquirí mis conocimientos sobre la materia — contestó Jorge — mientras trabajaba en Killingworth ganando algo en mis horas libres, limpiando los relojes de pared y bolsillo de los mineros. Desde entonces, nunca he dejado de tomarme interés en la cuestión. »

Luego hablaron de cosas diferentes, concluyendo Stephenson por referir la interesante historia de su vida, lo que le proporcionó materia para el resto del viaje.

Muchos de sus amigos aceptaban con gusto



su invitación para pasar en Tapton unos días, haciendo uso de su generosa hospitalidad. Los visitantes estaban obligados á oír el relato de la lucha que se había visto forzado á sostener por causa de la locomotora, no cansándose nunca de relatar, ni su auditorio de oír, las animadas anécdotas y graciosos incidentes con que salpicaba la conversación cada vez que contaba los combates que hubo de sostener en el primer período de su carrera.

Al pasear por el bosque ó á través de los prados, con frecuencia llamaba la atención de sus amigos, respecto á cosas relativamente insignificantes tales como una hoja, una mata de hierba, un nido de pájaros ó una hormiga que conducía sus huevos á través del sendero. Todos estos detalles le inspiraban consideraciones profundas sobre la admirable potencia de la fuerza creadora, cuyos recursos parecían tan sorprendentes como inagotables. Sobre este tema disertaba con frecuencia al encontrarse en el círculo de sus íntimos.

Una noche que paseaban por el campo, al fijarse en la vasta aglomeración de soles, que forman la vía láctea cada uno de los cuales es probablemente el centro de un sistema planetario, un amigo observó : « ¡ Qué criatura tan insignificante es el hombre, comparado con una creación semejante ! » « ¡ Sí — respondió Stephenson — pero, ¡ qué ser tan admirable es el hombre también, para poder pensar y razonar, llegando hasta cierto punto á comprender obra tan infinita ! »

Un microscopio que había traído á su casa de

Tapton, era motivo de constante entretenimiento, no cansándose nunca de contemplar las diminutas maravillas que el aparato revelaba. Una noche, durante la visita de algunos amigos, los indujo á que se pincharan la piel á fin de extraer unas gotas de sangre, con objeto de poder examinar los glóbulos en el microscopio. Uno de los presentes, enemigo tenaz de las bebidas alcohólicas, era según dijo Stephenson, el que mejores condiciones presentaba para hacer estudiar su sangre. Respecto al movimiento de los glóbulos de la sangre, profesaba una teoría original, que después se ha visto generalizada. Era la de que aquéllos se hallaban respectivamente cargados de electricidad positiva en una parte, y negativa en la otra, lo que hacía se atrajeran ó repelieran mutuamente, produciéndose así una circulación.

En cuanto observaba alguna cosa nueva, buscaba inmediatamente la causa que la producía. Sus conocimientos mecánicos, lo familiarizado que estaba con la materia en todas sus formas, y la poderosa potencia de su entendimiento, le inclinaban ante todo á buscar en el movimiento una explicación. No obstante, admitía que en el principio de la vida existía algo tan misterioso é inexplicable, que se sobreponía á los esfuerzos de los mecánicos, á quienes parecía dominar por completo.

Tampoco daba mucha importancia á los estudios especulativos, dando la preferencia á los experimentales prácticos, como sucede siempre á aquellos que se han instruído á sí mismos.

A pesar de su avanzada edad, el amor al ejercicio no lo había abandonado ; y al ir con sus amigos



desde la estación de Chesterfield hasta su casa, acostumbraba, casi invariablemente, á desafiarnos á correr cuesta arriba por el sendero que bordeaba el monte procurando como en otro tiempo, mantenerse en el primer puesto, por más que, ya entonces, el espíritu le engañaba.

En otras ocasiones invitaba á algún antiguo amigo á luchar sobre terreno apropiado, tanto para ejercitar sus fuerzas, como para ensayar un nuevo medio de vencer al contrario. Durante la velada, á veces distraía á la concurrencia recitando algunas poesías ó cantando algo de su repertorio.

Pero su principal placer, en tales momentos, era el de preparar en la sartén tortas hechas con harina de avena. Colocándose entre las rodillas una gran fuente conteniendo bastante cantidad de agua caliente, iba con una mano vertiendo aquella, mientras que con la otra agitaba vigorosamente la mezcla, y cuando ésta había alcanzado la consistencia apetecida, la operación estaba terminada, no restando más que agregarle alguna leche fresca, después de lo cual él calificaba la preparación de admirable. La dieta á que había estado acostumbrado cuando era un trabajador hizo huella en él y todos los refinamientos con que después se había familiarizado en años más recientes, no bastaron á modificar sus gustos por tan sencilla alimentación. Además el poder comer semejante cosa á su edad, era, signo seguro de que poseía un aparato digestivo tan robusto como potente y del que quizás dependió en parte el éxito continuado de su existencia.

Con frecuencia invitaba á que fueran á verle algunos de sus humildes compañeros de la infancia, con quienes hablaba con placer de cosas referentes al pasado : Los trataba como á iguales, sin darse jamás tono y sin que nunca el orgullo ni la vanidad lo dominaran, lo que hacía que todos se marcharan satisfechos, sintiendo por él un afecto tan natural como justificado. Otras veces, si los necesitados que lo habían conocido en su juventud llamaban á su puerta, siempre encontraban en su morada libre acceso. Cuando se trataba de gentes cuya conducta tenía algo de reprehensible, los amonestaba como pudiera hacerlo un padre, llegando en tales momentos, según refiere una persona que lo había tratado íntimamente, hasta derramar compasivas lágrimas, concluyendo siempre por abrir la bolsa y proporcionarles recursos con que pudieran emprender de nuevo su carrera.

La vida tranquila que hacía en Tapton, durante sus últimos años, era á veces interrumpida por visitas á Londres. Siendo ya muy limitados sus negocios de ingeniería, solo iba allí, generalmente, para visitar á los amigos, ó ver las novedades que se presentaban ; pero como por todas partes surgía una nueva raza de ingenieros, que no lo conocían, sus viajes á la capital dejaron muy pronto de serle agradables. Un amigo acostumbraba á llevarlo á la ópera, pero al fin del primer acto se hallaba, por lo general, profundamente dormido. No obstante, una vez que fué al teatro de Haymarket, el día de su cumpleaños, con un grupo de amigos á ver un drama que entonces hacía furor, estuvo llorando la mitad del tiempo que duró el